5. RENOVACION LITURGICA

Por ANTONIO LIVI

Ahora ya no llama la atención oír hablar de “la hora de Dios”, de “soplo del Espíritu”, de “paso del Señor” a propósito del desarrollo del Concilio y, sobre todo, de sus resultados. Son expresiones a las que nos ha habituado la literatura de estudio y de información que ha surgido desde el mismo anuncio del Vaticano II. Por otra parte, son expresiones autorizadas por el uso insistente que de ellas han hecho los Papas del Concilio: “nueva Pentecostés”, decía Juan XXIII; “*transitus Domini*” acostumbra repetir Pablo VI.

Hay quien, al oírlas, se detiene a considerar

su sentido más auténtico, que es bíblico y tradicional. Y estas expresiones sirven entonces como punto de partida para iniciar una reflexión seria: ¿cuáles son, en nuestra historia, las dimensiones de este “tránsito”?

La historia de la Salvación (la Iglesia que vive en el mundo y crece por la obra vivificante del Espíritu) ha mostrado siempre la inagotable variedad de las intervenciones divinas; y con frecuencia nos ha permitido descubrir las premisas de un acto providencial de Magisterio o de disciplina (el Espíritu Santo asistiendo a la autoridad de la Iglesia) en fenómenos pastorales también providenciales (el Espíritu Santo promoviendo una renovación espiritual en el Pueblo de Dios). Por eso muchos se preguntan: ¿qué es lo que ha habido *antes*, y qué es lo que debe haber *después* de lo que vemos hoy?

El problema no es puramente especulativo. Nace de la urgencia de profundizar en el sentido de los acontecimientos que creemos suscitados por Dios, y con los cuales queremos establecer una relación auténtica y personal.

En efecto, el que se aventura en las perspectivas del futuro, lo que busca es descubrir cuál es la respuesta sobrenatural que esos sucesos divinos esperan de nosotros. Es así como hay que interpretar las repetidas invitaciones, que hoy se oyen, a no ver en la reforma litúrgica simplemente unos cuantos cambios materiales. Un acontecimiento divino no puede exigir sólo la adhesión mecánica a nuevas rúbricas y a nuevos textos; exige siempre un esfuerzo de reforma interior, guiada por el *sensus Ecclesiae* y dirigida a adorar a Dios “en espíritu y en verdad”, con un diálogo que es personal, también en medio del culto comunitario.

En la misma perspectiva, con el mismo propósito de ahondar, de estar disponibles para las multiformes intervenciones de Dios que vivifica y santifica a la Iglesia, con esta misma disposición hay que plantear también la búsqueda en el pasado. Y se debe partir de lo que nos es posible conocer con mayor certeza respecto al significado de la reforma litúrgica ya en marcha. Una orientación muy útil puede ser la insistencia con que Pablo VI reafirma que

“una de las características y principales finalidades (de la reforma litúrgica) es la participación de los fieles en los ritos que el sacerdote dirige y personifica”¹, “en el afán pastoral de fortalecer a las almas en la fe y en el amor a Cristo, y de vivificar el sentido religioso en nuestro mundo”². Son palabras sencillas, en el contexto de la conversación del Padre común con los hijos; pero en ellas se refleja la misma verdad a la que llega la investigación teológica al estudiar el nexo que une la Constitución litúrgica con la Constitución sobre la Iglesia, que es el centro del Concilio Vaticano II. En la Constitución *De Ecclesia* el Concilio ha querido insistir en la participación comunitaria y personal de todos los miembros de la Iglesia –Pueblo de Dios– en la historia de la salvación que está en Cristo Jesús. La Constitución *De Sacra Liturgia* se detiene en el aspecto cultural de esta participación comunitaria y personal: eso

¹ PAULO VI, *Alocución* en la Audiencia General del día 13-I-1965.

² PAULO VI, *Ib.*

es la liturgia: *opus populi*, obra del Pueblo de Dios.

Por eso, al enfocar bajo esta luz la investigación histórico-teológica, es en el proceso sobrenatural de la promoción del laicado –el Pueblo de Dios al que corresponde ocuparse de toda la esfera temporal– donde hay que buscar los precedentes de lo que hoy ha madurado en el plano del Magisterio y de la disciplina eclesial. En otros términos, la “nueva manera de rezar”, que la autoridad de la Iglesia hoy “quiere, promueve y anima”³, debería corresponder, en la economía de la acción vivificadora del Espíritu, a una toma de conciencia de la responsabilidad eclesial de los laicos, y por tanto, a una “nueva manera de vivir” las exigencias de la vocación cristiana. Y efectivamente ha sido así. Al estudiar el desarrollo de la vida cristiana en los laicos, descubrimos manifestaciones inequívocas de la vida litúrgica que anticipan las orientaciones doctrinales actuales; y estas manifestaciones aparecen unidas, en

³ PAULO VI, *Ib.*

unidad de vida, con todo el conjunto de actitudes, propósitos y programas que constituyeron, en los años inmediatamente precedentes a los que ahora vivimos, la “novedad” del Opus Dei.

El Opus Dei es un fenómeno pastoral que pertenece a la historia de nuestro siglo, y que ya ha influido en profundidad y extensión en la estructura de la vida cristiana. Queremos esbozar aquí –dando al caso del Opus Dei el valor de indicio de la riqueza de este estudio histórico– la posibilidad de captar mejor el sentido del momento presente, haciendo ver cómo la conciencia cultural de la Iglesia –formulada ahora en términos de Magisterio solemne– ya antes se expresaba de algún modo, en términos de vida vivida. Y concretamente a través de las personas, las instituciones y las cosas que recibían el influjo de la espiritualidad de esta Asociación de fieles, difundida hoy en todo el mundo.

El mensaje sobrenatural que en 1928 trajo el Opus Dei a los hombres de hoy, es un mensaje de autenticidad y de plenitud en la participación del laicado en la vida de la Iglesia: es

decir, en la búsqueda de la santidad en Cristo, en la disponibilidad para el apostolado de Cristo, en el culto a Dios Padre con Cristo. Cuando el Fundador del Opus Dei, Mons. Escrivá de Balaguer, proclamaba en los años treinta, en todos los ambientes sociales, la llamada universal a la santidad, y por tanto el derecho y el deber de los laicos de tender a la perfección de las virtudes cristianas en el propio estado, a través del trabajo de todos los días –verdad ahora solemnemente confirmada por el Concilio en la Constitución sobre la Iglesia–, algunos advirtieron sólo la novedad de las palabras, pero no su relación lógica e inmediata con el Evangelio; otros llegaron incluso a hablar de herejía.

Lo mismo ha ocurrido con la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer sobre la vida litúrgica del laicado cristiano: “Hijo mío –decía dirigiéndose a un grupo de los primeros socios del Opus Dei–, no olvides que la vida litúrgica es vida de amor: amor a Dios Padre por medio de Cristo Jesús, en el Espíritu Santo, con toda la Iglesia, de la que tú formas parte”. La nueva y más per-

sonal conciencia de la vocación a la santidad en la Iglesia exigía de los laicos una plena y coherente respuesta en cada uno de los aspectos de la vida cristiana: también en la vida sacramental, también en la participación en la oración comunitaria. He aquí, pues, una nueva necesidad de asiduidad, de comprensión, de unión activa y personal, de solidaridad eclesial, de responsabilidad apostólica, en el contacto entre los laicos y la liturgia. He aquí por qué los frutos de la enseñanza y de la acción del Fundador del Opus Dei —y estos frutos son la vivificación cristiana de los más diversos ambientes sociales— ponen de manifiesto ciertos aspectos íntimamente relacionados con muchas formulaciones doctrinales de la Constitución litúrgica.

El campo que se abre frente al que quisiera documentar exhaustivamente la profundidad de esta relación se escapa a un análisis puramente doctrinal: requiere en cambio la experiencia directa del desarrollo de la vida cristiana en medio de las realidades de nuestro tiempo.

No deja de haber, sin embargo, una fuente de testimonios explícitos e inmediatos: los escritos más antiguos de Mons, Escrivá de Balaguer, y, entre ellos, *Camino*, que nos permite conocer su predicación en los años en los que el Opus Dei daba los primeros pasos. En efecto, la versión actual aparece por primera vez en 1939; pero una versión algo más reducida fue publicada antes, en 1934, con el título de *Consideraciones espirituales*, y en él se refleja la espiritualidad que Mons. Escrivá de Balaguer había difundido en el ambiente laical —campesinos, obreros, estudiantes, profesionales— durante el decenio precedente.

* * *

“En la liturgia se realiza la santificación del hombre” enseña solemnemente el Concilio⁴. Esta doctrina revela una exigencia de esencialidad vivamente sentida en la espiri-

⁴ CONCILIO VATICANO II, *Const. de Sacra Liturgia*, I, 7.

tualidad del Opus Dei, y que tiene su origen precisamente en la conciencia de la llamada a la santificación. “Tienes obligación de santificarte –repetía incesantemente Mons. Escrivá de Balaguer a los laicos de todas las condiciones sociales–. Tú también. ¿Quién piensa que ésta es labor exclusiva de sacerdotes y religiosos? –A todos, sin excepción, dijo el Señor: ‘Sed perfectos, como mi Padre Celestial es perfecto’”; “¿Por qué no te entregas a Dios de una vez..., de verdad... ¡ahora!?”; “Id, predicad el Evangelio... ‘Yo estaré con vosotros...’ –Esto ha dicho Jesús... y te lo ha dicho a ti” (*Camino*, n.º 291, 902, 904). Santidad y apostolado forman un binomio indisoluble: una cosa exige necesariamente la otra, y de un polo al otro el alma se ve atraída a las fuentes de la vida sobrenatural que ofrece la Liturgia. Efectivamente, “la acción nada vale sin la oración”, pero “la oración se avalora con el sacrificio” (n.º 81). Así, los laicos que vibran al descubrir su responsabilidad apostólica, descubren la verdadera jerarquía de los valores sobrenaturales: “Primero, oración; después,

expiación; en tercer lugar, muy en tercer lugar, acción” (n.º 82). Y la vida interior, al sostener la acción apostólica, acerca a la Liturgia: porque empuja a la oración y al sacrificio, con Cristo y en Cristo, en unión con todos los demás miembros de la Iglesia.

“Es preciso que seas ‘hombre de Dios’, hombre de vida interior, hombre de oración y de sacrificio. –Tu apostolado ha de ser una superabundancia de tu vida ‘para adentro’” (n.º 961). De aquí que la Oración y el Sacrificio de Cristo –al que el Pueblo de Dios se une en la Misa– llegue a ser el centro de la vida interior: “Una característica muy importante del varón apostólico es amar la Misa” (n.º 528).

Una espiritualidad laical centrada en la santificación del trabajo ordinario y que por tanto se nutre principalmente de la contemplación de Cristo en sus treinta años de vida oculta y de trabajo manual, comporta necesariamente una exigencia de autenticidad y de coherencia personal al participar en la Oración y el Sacrificio de Cristo. Por eso la vida litúrgica no

es *evasión*, ni un anónimo refugiarse en la Asamblea; no es exterioridad ni aproximación estéril: “¿La Cruz sobre tu pecho?... –Bien. Pero... la Cruz sobre tus hombros, la Cruz en tu carne, la Cruz en tu inteligencia. –Así vivirás por Cristo, con Cristo y en Cristo: solamente así serás apóstol” (n.º 929). “Alma de apóstol: esa intimidad de Jesús contigo, ¡tan cerca de El, tantos años!, ¿no te dice nada?”. “Es verdad que a nuestro Sagrario le llamo siempre Betania... –Hazte amigo de los amigos del Maestro: Lázaro, Marta, María. –Y después ya no me preguntarás por qué llamo Betania a nuestro Sagrario” (números 321, 322). Por eso el autor de *Camino* advierte desde el principio: “Tu oración debe ser litúrgica. –Ojalá te aficiones a recitar los salmos, y las oraciones del misal, en lugar de oraciones privadas o particulares” (n.º 86). En este contexto⁵, también son significativas las alusiones al canto litúrgico: “Canta la Iglesia –se ha

⁵ “Es preciso que estos mismos ejercicios piadosos se organicen teniendo en cuenta los tiempos litúrgicos, de modo que vayan de acuerdo con la Sagrada Liturgia,

dicho— porque hablar no sería bastante para su plegaria. —Tú, cristiano —y cristiano escogido—, debes aprender a cantar litúrgicamente” (n.º 523).

También la acción litúrgica es presentada en su eficacia esencial de signo y de comunicación: “Ten veneración y respeto por la Santa Liturgia de la Iglesia y por sus ceremonias particulares. Cúmpelas fielmente. —¿No ves que los pobrecitos hombres necesitamos que hasta lo más grande y noble entre por los sentidos?” (n.º 522).

Y si la participación plena y consciente en la liturgia nace de la contemplación personal de Cristo en la Escritura, la Lección litúrgica en el Ciclo Temporal es ocasión, a su vez, de un acercamiento mayor a la vida de Cristo y de

en cierto modo deriven de ella y a ella conduzcan”: *Const. de Sacra Liturgia*, I, 13. El que vuelve a leer estas palabras, con las que el Concilio alude a la inspiración litúrgica de la piedad privada, no puede dejar de notar la impresionante concordancia, de expresión incluso, con las palabras de Mons. Escrivá de Balaguer que acabamos de citar. Con respecto al canto litúrgico, vid. *Const. de Sacra Liturgia*, VI, 112-121.

una comprensión más profunda del Misterio Eucarístico, centro de la Liturgia. Estos son los temas de una reflexión que *Camino* sugiere al alma cristiana que sabe contemplar: “Humildad de Jesús: en Belén, en Nazaret, en el Calvario... –Pero más humillación y más anonadamiento en la Hostia Santísima: más que en el establo, y que en la Cruz. –Por eso, ¡qué obligado estoy a amar la Misa! (‘nuestra’ Misa, Jesús...)” (n.º 533). La Asamblea que reza y se ofrece con Cristo –la Liturgia de la Palabra y el Sacrificio– adquieren, gracias a esa perspectiva, todo su relieve esencial: “Comunión, unión, comunicación, confianza: Palabra, Pan, Amor”. “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios”, dijo el Señor: ¡Pan y palabra!: Hostia y oración. Si no, no vivirás vida sobrenatural” (núms. 535, 87). Quien tenga presentes las orientaciones del capítulo II de la Constitución litúrgica, no puede dejar de advertir la sorprendente actualidad de este espíritu; en el modo en que entonces se invitaba a los laicos a *amar la Misa* se

anticipa la forma en que hoy la Iglesia “tiende a profundizar en el significado esencial, la exigencia comunitaria y el valor sobrenatural del culto eclesial, poniendo más en evidencia, ante todo, la función que desempeña la palabra de Dios, y dando a la celebración sacramental su límpido a la vez que misterioso valor de centro”⁶.

* * *

Este estudio comparativo sería mucho más completo si de algún modo pudiésemos documentar aquí no sólo las enunciaciones y las orientaciones, sino también la *práctica* litúrgica del Fundador y de los socios del Opus Dei, si se pudiese describir la eficacia renovadora de la predicación de Mons. Escrivá de Balaguer, y su ejemplo de amor a la Liturgia que se advierte en el mismo modo de hablar de las cosas de Dios. El punto de partida de las meditaciones ha sido siempre la Sagrada Escritura, con

⁶ PAULO VI, *Alocución*, 13-I-1965.

especial referencia al modo con el que la Sagrada Escritura viene presentada en la oración de la Iglesia: en los textos de cada tiempo litúrgico. Y en todos los escritos encontramos reflejado este modo de ejercer el ministerio de la palabra: un modo que, aun estando ciertamente en la línea de la más genuina tradición de los maestros de la espiritualidad, también representaba para el mundo cristiano de hoy una anticipación de las normas de la Constitución litúrgica⁷.

Una consideración especialísima, en relación con la práctica de la Liturgia, merecería la renovación del *gusto* litúrgico promovida desde los años veinte por el Fundador del Opus Dei. La participación de los laicos en la acción litúrgica debía tener la autenticidad, la naturalidad y el estilo propio de las personas que, viviendo en medio de las realidades temporales, habían descubierto la dignidad de su condición de cristianos: “*Agnosce, christiane, dignitatem tuam!*”, les repetía con S. León Magno, Monse-

⁷ *Const. de Sacra Liturgia*, I, 35.

ñor Escrivá de Balaguer. La participación por el Bautismo y la Confirmación en el sacerdocio de Cristo debía reflejarse, de acuerdo con el espíritu del Opus Dei, en ese tener “alma verdaderamente sacerdotal y mentalidad plenamente laical”. Tenía que ser, pues, aquella “participación plena, consciente y activa” que hoy quiere el Concilio⁸. Por eso se entendían muy bien y se ponían en práctica, estas sugerencias: “Hay una urbanidad de la piedad. Apréndela. Dan pena esos hombres ‘piadosos’, que no saben asistir a Misa –aunque la oigan a diario–, ni santiguarse –hacen unos raros garabatos, llenos de precipitación–, ni hincar la rodilla ante el Sagrario –sus genuflexiones ridículas parecen una burla–, ni inclinar reverentemente la cabeza ante una imagen de la Señora” (*Camino*, n.º 541). Y por eso el acercarse a la liturgia se entendía sobre todo como participación interior: “Huyamos de la ‘rutina’ como del mismo demonio. El gran medio para no caer en ese abismo, sepulcro de la

⁸ *Const. de Sacra Liturgia*, I, 14.

verdadera piedad, es la continua presencia de Dios” (n.º 551).

De ahí que el modo de participar en las ceremonias y la decoración de los lugares sagrados se anticipasen de modo sorprendente a muchas de las reformas incluidas hoy en el capítulo VII de la Constitución litúrgica. En aquella época, en cambio, ese modo de actuar resultaba nuevo y revolucionario, aunque, de hecho, el gusto por la novedad en sí misma le fuese del todo extraño; era —eso sí— un gusto muy actual por la seriedad, el decoro, la expresividad de un culto al que se debían asociar conscientemente los laicos: “Me viste celebrar la Santa Misa sobre un altar desnudo —mesa y ara—, sin retablo. El Crucifijo, grande. Los candeleros recios, con hachones de cera, que se escalonan: más altos, junto a la cruz. Frontal del color del día. Casulla amplia. Severo de líneas, ancha la copa y rico el cáliz. Ausente la luz eléctrica, que no echamos en falta. Y te costó trabajo salir del oratorio: se estaba bien allí. ¿Ves cómo lleva a Dios, cómo acerca a Dios el rigor de la liturgia?”; “No me pon-

gáis al culto imágenes ‘de serie’: prefiero un Santo Cristo de hierro tosco a esos crucifijos de pasta repintada que parecen hechos de azúcar” (*Camino*, n.º 543, 542).

Volvemos a encontrar estos mismos conceptos en un escrito de 1934: “La virilidad del espíritu cristiano: otro tema maravillosamente fecundo, para tratarlo sin engolamiento. ‘Viriliter agite!’ –Obrad varonilmente (Deut 31, 6). Mucho se repiten estas palabras en la Escritura. No es justo que las olvidemos cuando tratamos con Dios. Han afeminado el culto; lo han vuelto dulzón y suave... Mucha luz eléctrica, en el retablo y hasta en el tabernáculo de la Exposición. Bambalinas y teloncillos de teatro provinciano. Floripondios de papel y trapo. Imágenes relamidas de pasta flora. Puntillas y primores mujeriles, en las albas y en los manteles. Cacharros feísimos –la última moda: los vi hasta en una famosa catedral– sobre el altar y aun sobre la misma ara. ¿Dónde está la Cruz? Apenas se ve, entre la baraúnda de nubes de algodón y docenas de velas de procedencia química. Cánticos de opereta.

Esto en lo material. No quiero hablar –no debo: faltaría a la caridad– del ambiente piadoso ordinario en esas funciones (no cultos) que llevan semejantes preparativos”. También en estas palabras, sugeridas por la experiencia de la realidad del ambiente de entonces, encontramos el itinerario espiritual que caracteriza la orientación litúrgica del Fundador del Opus Dei: el motivo de inspiración son las palabras de la Escritura: la reflexión conduce a la realidad concreta del momento; la mentalidad responde a las exigencias de secularidad y de autenticidad del cristiano que vive en el mundo; el ejemplo para la vida se inspira en los orígenes: “Hijos, –continúa el escrito– volvamos a la sencillez de los primeros cristianos: riqueza, cuanta podáis, pero jamás a costa de la liturgia. Arte serio, lleno de grave majestad... El retablo, 'retro tabulam': a su sitio, detrás del altar, como algo accidental. La Santa Cruz y el ara –completamente aislada la mesa del altar– ocupen el lugar sobresaliente”.

Cuando se habla de precedentes de la actual Reforma litúrgica, se piensa en seguida en el movimiento litúrgico; se piensa en Pius Parsch, en los monasterios benedictinos de toda Europa, de Mont César a Klosterneuburg; se piensa en *Vom Geist der Liturgie* de Romano Guardini. Pero éstas son etapas de un proceso que, aunque importante y necesario, estuvo siempre circunscrito a *élites* de estudiosos o a ambientes sociales aislados. En los años veinte, son todavía los monasterios los que reúnen dentro de sus muros a los simpatizantes del nuevo movimiento Litúrgico”⁹. Y el mismo Parsch llega a afirmar, en su *Volksliturgie*, que la renovación litúrgica comenzó a penetrar en la conciencia cristiana sólo cuando se sirvió del concurso activo de los laicos empeñados en vi-

⁹ S. D. CEDERLE, *Dalla periferia di Vienna un movimento liturgico*, “L’Osservatore della Domenica”, Città del Vaticano, 7-III-1965. Cfr. también A. G. MARTIMORT, *L’Eglise en prière*, Tournai 1961, p. 83; T. BOGLER, *Liturgische Erneuerung in aller Welt*, María Laach 1950; A. BUGNINI, *Documenta Pontificia ad instaurationem liturgicam spectantia*, Roma, 1953-59.

vificar el propio ambiente. Sin infravalorar de ningún modo el puesto que corresponde, por derecho propio, a los “movimientos estudio” en la formación del *sensus Ecclesiae* y de una nueva conciencia litúrgica en el pueblo cristiano, queda, como tarea posible y fecunda, la de profundizar en la función renovadora –menos aparente, pero más capilar– de un fenómeno pastoral como el Opus Dei. Entre los trazos que han configurado netamente desde su origen esta renovación, está el espíritu litúrgico, puesto de relieve además con especial fuerza por el decreto con el que la Santa Sede concedió al Opus Dei en 1950 su aprobación: “La piedad del Opus Dei es sencilla, sobria y recia en todas sus manifestaciones. Es doctrinal, y está perfectamente asimilada y renovada gracias al estudio constante y práctico de la religión; y encuentra su alegría en la Sagrada Liturgia¹⁰.”

ANTONIO LIVI

¹⁰ Decreto *Primum Inter*, 16-VI-1950.

© 1988 by EDICIONES RIALP, S.A., Sebastián Elcano, 30, 28012 MADRID.